

CRIOLLAS EN PARÍS  
la condesa de Merlin, Gertrudis Gómez de Avellaneda  
y la duquesa de la Torre

ÁNGELES EZAMA GIL  
Universidad de Zaragoza

El criollismo es una realidad en la sociedad europea del siglo XIX, realidad que se hace particularmente notoria en París, como se refleja en el importante papel social y político desempeñado por la martiniquesa Josefina de Beauharnais, que se convertiría en emperatriz de los franceses al contraer matrimonio con Napoleón Bonaparte. Esta realidad se halla también representada en la literatura, en novelas como *Los trasplantados* (1904) de Alberto Blest Gana, y *Criollas en París* (1933) de Joaquín Edwards Bello, y en libros de memorias como los de Benjamín Vicuña Mackenna<sup>1</sup>, Benjamín Vicuña Subercaseaux<sup>2</sup> y Luis Orrego Luco<sup>3</sup>. Para el caso español Juana Martínez Gómez y Almudena Mejías Alonso<sup>4</sup> han documentado la estancia en el Madrid

---

<sup>1</sup> B. Vicuña Mackenna, *Páginas de mi diario durante tres años de viajes 1853, 1854, 1855*, Imprenta del ferrocarril, Santiago de Chile, 1856, págs. 126-132.

<sup>2</sup> B. Vicuña Subercaseaux, *La ciudad de las ciudades (correspondencias de París)*, Sociedad «Imprenta y Litografía Universo», Santiago de Chile, 1905, págs. 190-215.

<sup>3</sup> L. Orrego Luco, *Memorias del tiempo viejo*, Ediciones de la Universidad de Chile, 1984, págs. 408-410 y 416-419.

<sup>4</sup> J. Martínez Gómez y A. Mejías Alonso, *Hispanoamericanas en Madrid (1800-1936)*, Editorial Horas y Horas, Madrid, 1994.

del siglo XIX de numerosas mujeres hispanoamericanas muy influyentes en la vida social, política, artística y literaria, procedentes sobre todo de Cuba, Argentina y Puerto Rico, pero también de otros países; señalan el acceso a la nobleza de algunas de ellas (como la duquesa de la Torre), pero también su importante papel social a través de los salones, y su aportación a la literatura (Gertrudis Gómez de Avellaneda), el teatro (Catalina Bárcena) o el cuplé (la Bella Chelito).

Tres criollas cubanas, pertenecientes a tres generaciones distintas (nacidas en 1789, 1814 y 1831, respectivamente) tuvieron, en distinta medida, una notoria presencia en la sociedad y la escritura europeas del siglo XIX: la condesa de Merlin, Gertrudis Gómez de Avellaneda y la duquesa de la Torre. María de las Mercedes Santacruz y Montalvo, condesa de Merlin, reivindica a la mujer criolla en la carta XXV de su extensa obra *La Havane*, que dirige a *George Sand*<sup>5</sup> y «criollas pioneras» denomina Méndez Rodenas<sup>6</sup> a Merlin y Avellaneda. A ilustrar las relaciones entre las tres, su papel social y el alcance de su escritura dedicaré las páginas que siguen.

La condesa de Merlin y Gertrudis Gómez de Avellaneda comparten muchas circunstancias comunes en su vida y en su escritura. Ambas pertenecían a familias de clase acomodada. Las dos viajaron al Viejo Continente y acabaron afincándose en él; Merlin reside unos años en España, que coinciden con los de la invasión francesa, y pasa luego a instalarse con su esposo en París, que será su espacio habitual de residencia; Avellaneda viaja de Cuba a España pasando por Francia<sup>7</sup>, y España se convierte en su lugar de residencia definitivo. Ambas realizaron un viaje a Cuba a lo largo de su vida: Merlin en 1840, pasando por Nueva York<sup>8</sup> y Avellaneda entre 1859 y 1864, volviendo a España previa una estancia en Nueva York, Inglaterra y París. Merlin viajó a España en 1845 (desde donde escribe cartas a la Avellaneda y a Philarète Chasles) y Avellaneda a Francia en varias ocasiones: con su marido Sabater en 1846, permaneciendo, tras la muerte de este, en un convento en Burdeos (1847), y en 1859 con su segundo marido Domingo Verdugo<sup>9</sup>. Ambas comparten, por tanto, la condición de «exiliadas», como reflexiona Avellaneda en el prólogo al *Viaje a La Habana* de la condesa de Merlin:

---

<sup>5</sup> A. Méndez Rodenas, *Gender and nationalism in colonial Cuba. The travels of Santa Cruz y Montalvo, condesa de Merlin*, Vanderbilt University Press, Nashville/London, 1998, págs. 185 y sigs.

<sup>6</sup> A. Méndez Rodenas, *Cuba en su imagen: Historia e identidad en la literatura cubana*, Verbum, Madrid, 2002, pág. 13.

<sup>7</sup> G. Gómez de Avellaneda, *Memorias inéditas de la Avellaneda (1836-1838)*, anotadas por D. Figarola Caneda, Imp. «El siglo XX», La Habana, 1914.

<sup>8</sup> L. Campuzano, *Las muchachas de La Habana no tienen temor de Dios... Escritoras cubanas (s. XVIII-XXI)*, Ediciones Unión, La Habana, 2004, págs. 33-34.

<sup>9</sup> G. Gómez de Avellaneda, «Mi última excursión por los Pirineos» (*Diario de la Marina*, 19 de junio a 28 de julio de 1860), en *Obras*, VI: *Miscelánea*, Imprenta de Aurelio Miranda, La Habana, 1914, págs. 7-47.

Nada, en efecto, es tan amargo como la expatriación, y siempre hemos pensado como la gran escritora que juzgaba los viajes uno de los más *tristes placeres* de la vida. [...]

Existencia sin comienzo, espectáculo sin interés, detrás de sí unos días que nada tienen que ver con lo presente, delante otros que no encuentran apoyo en lo pasado, los recuerdos y las esperanzas divididos por un abismo, tal es la suerte del desterrado. [...]

Estos inconvenientes anejos a la vida del expatriado, son mayores todavía en las personas que, como aquella que nos ocupa, están dotadas de un carácter y de un talento extraordinario; porque tales seres son ya por su naturaleza extranjeros en la multitud y llevan consigo una sentencia de aislamiento y un sello de desventura. [...]

Siempre que hemos leído la descripción que hace de su primera navegación de América a Europa hemos experimentado una emoción que no será común a todos los lectores, porque no todos podrán conocer el sentimiento y la verdad que encierran aquellas páginas. Pero ¡ay! Nosotros también hemos surcado aquellos mares; nosotros hemos visto el nublado cielo de las Bermudas, y hemos oído bramar los inconstantes vientos de las Azores. Como la célebre escritora hemos abandonado la tierra de nuestra cuna; hemos emprendido uno de aquellos viajes solemnes, cuyos primeros pasos reciben el Océano; y lleno el corazón de emociones de juventud, y rica imaginación con tesoros de entusiasmo, hemos contemplado la terrible hermosura de las tempestades, y la augusta monotonía de la calma en medio de dos infinitos<sup>10</sup>.

Las dos tuvieron estrechas relaciones con el poder: la condesa con el rey José Bonaparte en España (debido al apoyo que a este dispensaba un tío de su madre, el general O'Farrill), a la supuesta relación amorosa entre la condesa de Jaruco, madre de Mercedes, y el rey José, y posteriormente a su matrimonio con el general francés Antoine Cristophe (comte Merlin), figura pública relevante en Francia. Avellaneda mantuvo relación cercana con los reyes Isabel II y Francisco de Asís, que fueron padrinos de su boda con Domingo Verdugo; a Isabel II le dedicó la cubana varias poesías y al Príncipe de Asturias su drama *Baltasar*; de la reina española fue la decisión de enviar a Verdugo a Cuba para reponer su salud, bajo las órdenes del general Serrano; a la Reina madre Maria Cristina de Borbón le dedicó el *Devocionario*, e intentó ponerse a su servicio como azafata, según se evidencia en las cartas que dirigió al duque

<sup>10</sup> G. Gómez de Avellaneda, «Apuntes biográficos de la Sra. Condesa de Merlin», en condesa de Merlin, *Viaje a La Habana*, Imprenta de la Sociedad Literaria y Tipográfica, La Habana, 1844, v-xvi, págs. ix-x. Roberto Ignacio Díaz afirma que «The encounter with exile informs many of these author's writing, and, indeed, much of the canon of Cuban and Spanish American literatures» (*Unhomely rooms. Foreign tongues and Spanish American Literature*, Bucknell University Press, Lewisburg, 2002, pág. 97). En el caso de Merlin, Silvia Molloy estima que «Mercedes Merlin finds her identity as a writer in exile and because of exile» («Childhood and exile: the Cuban paradise of the Countess of Merlin», *At face value. Autobiographical writing in Spanish America*, Cambridge University Press, 1991, 79-96, pág. 86).

de Rianzares y a Eugenia, condesa de Teba, hija de la condesa de Montijo<sup>11</sup>. También mantuvo relación en Sevilla con los duques de Montpensier, según se deduce de las cartas enviadas al Duque y a sus secretarios Antoine de Latour y marqués del Moscoso que se conservan en el archivo Orleans-Borbón de Sanlúcar de Barrameda.

Ambas mantuvieron relaciones amorosas con hombres públicos que no estuvieron a su altura: la condesa de Merlin con Philarète Chasles<sup>12</sup>, y Tula Avellaneda con Ignacio Cepeda<sup>13</sup>; la correspondencia es en ambos casos de tono muy similar.

Tanto Merlin como Avellaneda son autoras de textos autobiográficos. La condesa publicó *Mes douze premières années* (1831), *Histoire de la soeur Inès* (1832) y *Souvenirs et mémoires* (1836)<sup>14</sup>, textos que constituyen un coherente conjunto autobiográfico<sup>15</sup>. Escritos autobiográficos de Tula pueden contarse, con diversos matices, al menos cinco, de los cuales los más conocidos son los editados por Cruz de Fuentes en 1907 y Figarola Caneda en 1914. Entre ambas hay, no obstante, una diferencia, y es que en Avellaneda no hay deseo de publicidad, ya que los escritos más íntimos quedan inéditos y alguno se edita, incluso, sin permiso de la autora, en tanto que Merlin decide dar a la luz pública sus textos. En los escritos autobiográficos de Merlin y Avellaneda la infancia es presentada como un paraíso dorado, a menudo añorado, y en ella hay una ausencia notoria, la de la madre, aunque la condesa profesa una adoración por la suya que desarrollará luego con su venida a España. También es común la elaboración de un sujeto romántico, que en Merlin y en algunos de los escritos de Avellaneda (1907) se caracteriza por una sensibilidad precozmente

---

<sup>11</sup> Las tres cartas a Fernando Muñoz, duque de Rianzares, segundo esposo de Maria Cristina, se conservan en el Archivo Histórico Nacional. La que dirige a la condesa de Teba puede leerse en D. Figarola Caneda, *Gertrudis Gómez de Avellaneda. Biografía, bibliografía e iconografía, incluyendo muchas cartas, inéditas o publicadas, escritas por la gran poetisa o dirigidas a ella, y sus memorias* (notas ordenadas y publicadas por D<sup>a</sup> E. Boxhorn), Sociedad General Española de Librería, Madrid, 1929, págs. 134-135.

<sup>12</sup> Condesa de Merlin, *Correspondencia íntima de la condesa de Merlin* (extraída del estudio biográfico, bibliográfico e iconográfico publicado acerca de tan notable personaje por D. Figarola Caneda, traducida del francés por B. Bureba, con prólogo y notas biográficas de D<sup>a</sup> E. Boxhorn), Industrial Gráfica Reyes, Madrid/París, 1928.

<sup>13</sup> G. Gómez de Avellaneda, *La Avellaneda. Autobiografía y cartas de la ilustre poetisa hasta ahora inéditas* (con un prólogo y una necrología por L. Cruz de Fuentes, publicase a expensas de la Ilma. Sra. D<sup>a</sup> María de Córdoba y Govantes viuda de Cepeda), Imprenta y Papelería de Miguel Mora, Huelva, 1907.

<sup>14</sup> Aunque mucho de autobiográfico tiene también *La Havane*, y en opinión de Méndez Rodenas, su biografía sobre Maria Malibran cuya primera versión es la que se publica bajo el título de *Loisirs d'une femme du monde* (1838); este libro es para Méndez Rodenas («El archivo perdido: "L'évasion" de Mercedes Merlin y el arte de la fuga», *Revista Revolución y Cultura*, nº 2, abril/mayo/junio, 2005, 9 págs.) una mezcla de biografía, hagiografía y autobiografía, y uno de los escritos que contiene, «L'évasion», un texto a medio camino entre la autobiografía y la ficción.

<sup>15</sup> A. Méndez Rodenas, *Gender and nationalism*, pág. 21.

desarrollada y muy exaltada, afán de libertad e independencia, imaginación, originalidad y melancolía.

Asimismo, son ambas autoras de relatos de viaje: *La Havane* (1844) y, en cierto modo, los *Souvenirs et mémoires* (1836) de la condesa de Merlin; las *Memorias inéditas* editadas en 1914 por Domingo Figarola y la serie de artículos «Mi última excursión por los Pirineos» (1860) de Gómez de Avellaneda<sup>16</sup>. Las dos abordaron el tema de la esclavitud: Merlin en «Los esclavos en las colonias españolas»<sup>17</sup> y en los *Souvenirs et mémoires*, y Tula en *Sab*<sup>18</sup>.

Para Méndez Rodenas es innegable que existió una fraternidad simbólica entre ellas<sup>19</sup>; en consecuencia opina que:

Las dos figuras clave del discurso arqueológico de la mujer en el siglo XIX cubano están unidas por lazos tanto biográficos como invisibles y, por lo tanto, deben leerse juntas, complementándose en la manera de concebir la alteridad y de poner al descubierto la condición de la mujer<sup>20</sup>.

De hecho, además de los paralelismos que he apuntado existen otros lazos de unión literarios entre ambas escritoras. Avellaneda escribió el prólogo para la versión castellana de *La Havane*, titulada *Viaje a La Habana*, y se conocen dos cartas de la condesa de Merlin a Tula<sup>21</sup>; en la primera, firmada en Madrid el 31 de octubre de 1845, la condesa se ofrece para colaborar en el periódico literario que va a publicar bajo su dirección Avellaneda, propone abonarse al periódico y utilizar su influencia en París si fuese necesaria<sup>22</sup>; en la segunda, escrita en Versalles el 20 de junio de 1846, felicita a Tula por su enlace con Sabater y anuncia que se encontrará con ella en París para expresarle su simpatía y afecto, le desea el pronto restablecimiento de su marido y la invita a pasar un día con ella en Versalles; en nota a esta carta añade Avellaneda:

---

<sup>16</sup> Como escritora de viaje se ha estudiado a menudo a la condesa de Merlin, pero no a Gómez de Avellaneda; para la primera véase, por ejemplo Raúl Ianes, «La esfericidad del papel: Gertrudis Gómez de Avellaneda, la condesa de Merlin, y la literatura de viajes», *Revista Iberoamericana*, LXIII, nº 178-179, enero/junio, 1997, págs. 209-218.

<sup>17</sup> Condesa de Merlin, «Los esclavos en las colonias españolas», en *Alegria y Charlain*, Madrid, 1841. Capítulo de lo que luego será *La Havane* (1844)

<sup>18</sup> L. Campuzano, *Las muchachas de la Habana*, págs. 30-45.

<sup>19</sup> A. Méndez Rodenas, *Gender and nationalism*, págs. 225-226.

<sup>20</sup> A. Méndez Rodenas, *Cuba en su imagen*, pág. 16.

<sup>21</sup> D. Figarola Caneda, *Gertrudis Gómez de Avellaneda. Biografía, bibliografía e iconografía*, págs. 156-157.

<sup>22</sup> Probablemente se trate de *La Gaceta de las Mujeres*, revista que se publicó en Madrid entre el 14 de septiembre de 1845 y el 20 de octubre de 1846, de la que se editaron 38 números; fue dirigida por Avellaneda con ayuda de Miguel Ortiz y bajo su dirección se llamó luego *La Ilustración. Album de las damas* (M<sup>o</sup> C. Albin, *Género, poesía y esfera pública. Gertrudis Gómez de Avellaneda y la tradición romántica*, Trotta, Madrid, 2002, págs. 196-199).

La condesa de Merlin murió algún tiempo después de escrita esta carta, y de haberla yo oído y admirado en uno de los brillantes conciertos que daba en su casa, en la que reunía cuantas celebridades encierra París, y entre las cuales se contaba ella, por el doble derecho de escritora elegante y eminente cantora.

Gertrudis Gómez de Avellaneda

Por otra parte, como mujer de mundo está mucho más próxima la condesa de Merlin a la cubana Antonia María Micaela Domínguez y Borrell, condesa de San Antonio, esposa del general Serrano, conocida por tal circunstancia como duquesa de la Torre, mariscal Serrano, Generala o Regente. Fue la Duquesa mujer de belleza extraordinaria y de gran talento, caprichosa y mimada, de vida social intensa (se le atribuyen numerosos amantes) y de gran ambición política; residió en España y en Francia: en París debido al cargo de embajador de su esposo<sup>23</sup> y en Biarritz tras la muerte de este en 1885, y en particular a partir de 1889 cuando cierra su casa madrileña; hizo, al igual que Merlin y Avellaneda, el viaje de vuelta a Cuba, permaneciendo en la isla entre 1859 y 1862, con motivo del nombramiento del general Serrano como gobernador general de la isla.

En París conoció a otra habanera, Margarita Foxá y Calvo de la Puerta (V marquesa de Casa Calvo), esposa del secretario de la Embajada española en Francia, Julio Arellano (marqués de Casa Arellano), que ocupaba el cargo cuando el duque de la Torre fue nombrado Embajador en Francia en 1883; Margarita Foxá pergeñó algunos escritos que fueron recogidos y publicados póstumamente en París por su esposo con el título de *Páginas olvidadas*<sup>24</sup>.

En Cuba estableció relación la Duquesa con Tula Avellaneda, que por esos años visitaba la isla en compañía de su esposo. Avellaneda alude a la Duquesa en el final de la serie de artículos «Mi última excursión por los Pirineos»<sup>25</sup>; le dedicó, además, algunos poemas («En el álbum de la bella condesa de San Antonio», «En el nacimiento de la querida primogénita de los duques de la Torre», «Serenata de Cuba a la duquesa de la Torre»<sup>26</sup>, y la novelita *El artista barquero o los cuatro cinco de junio*:

¿No es V. a sus ojos, como a los míos, la síntesis perfecta del bello sexo cubano? ¿No admiran en su bondad nativa, en su rica imaginación tropical, en su belleza llena de gracia púdica, en su dignidad dulce

<sup>23</sup> Marqués de Villaurrutia (W. Ramírez de Villaurrutia), *Palique diplomático. Recuerdos de un embajador*, II, Librería Española y Extranjera de Francisco Beltrán, Madrid, 1928, págs. 57-65.

<sup>24</sup> A. González Curquejo, *Florilegio de escritoras cubanas*, III, Lib. e Imp. «La Moderna Poesía», La Habana, 1919, págs. 137-140.

<sup>25</sup> G. Gómez de Avellaneda, «Mi última excursión por los Pirineos», pág. 46.

<sup>26</sup> G. Gómez de Avellaneda, *Obras literarias de la Sra. D<sup>a</sup> Gertrudis Gómez de Avellaneda. Colección completa*, I, Rivadeneyra, Madrid, 1869, págs. 332, 347-353, 360-365.

y melancólica, ese admirable tipo de la mujer criolla, sin igual en el mundo? ¿Quién, pues, mejor que V. puede recibir —como representante de todas nuestras compatriotas— el homenaje tierno de mi admiración y simpatía?<sup>27</sup>

También coincidió en Cuba la generala con Pilar de León y de Gregorio, futura marquesa de Squilache, que, si bien de origen español, residía en la isla por aquellos años debido al cargo que la reina Isabel II había concedido a su padre Carlos de León; la duquesa de la Torre protegió y ayudó a Pilar, primero en la isla y luego en España<sup>28</sup>; de esta relación dan fe algunas cartas de Valera.

Con la vejez que se acentúa y se gradúa, crece mi afición al tresillo como único recurso en sociedad. Suelo jugarle en casa de Bauer y en casa de una Sra. de Larios, amiga de la duquesa de la Torre, y a quien la Duquesa, con extremada modestia, eclipsándose ella, solía apellidar la Gran Piruja<sup>29</sup>.

Hubo de conocer asimismo la condesa de San Antonio a los III condes de Fernandina, José María Herrera y Garro y Serafina Montalvo y Cárdenas, que pertenecían a la Grandeza de España de primera clase<sup>30</sup>; Serafina era mujer de gran belleza, que reunió en torno a sí afamados salones en La Habana y en París; en esta última ciudad vivió durante 18 años, y fue muy amiga de la emperatriz Eugenia. Los condes asistieron a la boda del hijo de los duques de la Torre en 1880<sup>31</sup>.

También debió tener relación la Duquesa con la criolla Salomé Nuñez y Topete, sobrina del escritor Juan Valera y escritora ella misma<sup>32</sup>, como maliciosamente señala el egabrense en carta de 4 de mayo de hacia 1878 a su hermana Sofía: «La duquesa de la Torre ha intimado de tal suerte con Melita Nuñez, que las gentes maliciosas hablan de Lesbos»<sup>33</sup>. De hecho, parte y no pequeña, debió tener Melita en el escandaloso proceso de divorcio en que se vio envuelto el hijo de los duques de la Torre<sup>34</sup>.

<sup>27</sup> G. Gómez de Avellaneda, *El artista barquero o los cuatro cinco de junio*, Librería e imprenta «El Iris» de Majín Pujolá y Ca., La Habana, 1861, 7-12, págs. 8-9.

<sup>28</sup> M. Almagro San Martín, *Bajo los tres últimos Borbones (retratos, estampas e intimidades)*, Afrodísio Aguado, Madrid, págs. 94-100, 102-103.

<sup>29</sup> «Carta de Valera al barón de Greindl» (10 de enero de 1890), en J. Valera, *Correspondencia*, v (dirección de L. Romero Tobar, con la colaboración de E. Serrano y A. Ezama Gil), Castalia, Madrid, 2006, págs. 223-224. La Sra. de Larios es Pilar de León y de Gregorio, que se casó primero con Victoriano Díaz de Herrera, luego con Antonio Mantilla, marqués de Villamantilla, y por último con Martín Larios, marqués de Larios.

<sup>30</sup> Esta grandeza la perdieron en 1900, cuando tras la guerra de Cuba los condes pasaron a tener nacionalidad americana; con ella perdió también el conde su condición de senador.

<sup>31</sup> Anónimo, «Dos bodas», *La Iberia*, 19 de octubre de 1880, pág. 3

<sup>32</sup> M<sup>a</sup> del C. Simón Palmer, «Autoras cubanas en España durante el siglo XIX», en S. Regazzoni, *Cuba: una literatura sin fronteras*, 45-67, págs. 51-52.

<sup>33</sup> J. Valera, *Correspondencia*, III, 2004, pág. 87.

<sup>34</sup> L. Carreras, *Los duques de la Torre y el casamiento de su hijo*, M. Gálvez y Bardají, París, 1883.

Los salones de la duquesa de la Torre fueron muy concurridos tanto en Madrid como en París<sup>35</sup> y en La Habana<sup>36</sup>. Su salón madrileño fue un salón político<sup>37</sup>, opuesto al de la marquesa de Alcañices<sup>38</sup>; además, ya viuda, hizo construir un teatro en su residencia madrileña, el Teatro Ventura, en el que solía dar representaciones dramáticas<sup>39</sup>; de algunas de ellas, así como de las funciones ensayadas en la residencia parisina de la duquesa hay noticias en las cartas de D. Juan Valera; v.gr. en una al marqués de la Vega de Armijo de 23 de febrero de 1893:

No quise salir de la capital de Francia sin visitar a la duquesa de la Torre y sin admirar, como admiré, la longevidad de su belleza, que competirá pronto con la de Ninon de Lenclos. Al verme en casa de la duquesa, me pareció hallarme en la gruta de Calipso consolada *d'être immortelle*. Estaba la duquesa circundada de ninfas, entre las que descollaban Conchita y Pepita, sus hijas, cada una de ellas con su respectivo Telémaco, más o menos joven. Caí, digámoslo así, en medio de los tumultuosos preparativos y del ensayo de un extraño drama lírico, de novísima clase, que iba a dar la duquesa y que ya habrá dado en su casa. Se titula *Tanit-Astaroth*<sup>40</sup>.

Mucho más brillantes, sin duda, habida cuenta la personalidad de su anfitriona, fueron los salones de la condesa de Merlin, en los cuales destacan el encanto personal de la condesa, sus cualidades para el canto y su decidida protección a las artes, que los convirtieron en un referente musical en toda Europa, como han destacado la comtesse de Bassanville, que la llama «L'Espagnole»<sup>41</sup>, y *Sophie Gay*<sup>42</sup>. Bassanville distingue en las reuniones de la condesa «les grands et les petits jours. Aux grands jours, tout ce que Paris renfermait de plus élégant alors était admis. C'étaient les jours des concerts.»<sup>43</sup>, en tanto que les petits jours «c'était la société intime et le petit souper fin, imité de ces

<sup>35</sup> A. de Figueroa, *La sociedad española bajo la Restauración*, Ediciones Aspas, Madrid, 1945, págs. 149-152.

<sup>36</sup> *Gran baile de trajes dado en el Palacio de Gobierno de La Habana, residencia de los duques de la Torre en la noche del 23 de febrero de 1862*, Librería e Imprenta de «El Iris» de Majin Pujolá y Ca., La Habana, 1862.

<sup>37</sup> Conde P. Vasily (seud. de J. Adam), *La société de Madrid, édition augmentée de lettres inédites, Nouvelle Revue*, París, 1886, págs. 229-232. J. Francos Rodríguez, *La mujer y la política españolas*, Pueyo, Madrid, 1920, págs. 148-150. J. del Corral, *La duquesa de la Torre*, Artes Gráficas Municipales, Madrid, 1986, págs. 12 y sigs.

<sup>38</sup> A. de Figueroa, *op. cit.*, págs. 31-39.

<sup>39</sup> C. Menéndez Onrrubia, «Escenarios privados: El teatro Ventura», en AA. VV., *Espacios de la comunicación literaria* (ed. de J. Álvarez Barrientos), csic, Madrid, 2002, págs. 163-190.

<sup>40</sup> J. Valera, *Correspondencia*, v, págs. 467-469.

<sup>41</sup> Condesa de Bassanville, «Le salon de la comtesse de Merlin», en *Les salons d'autrefois. Souvenirs intimes. Deuxième série*, Librería H. Anié, París, 111-167, pág. 112.

<sup>42</sup> S. Gay (D. Gay, D. de Girardin), «El salón de la condesa Merlin», en *La España Moderna*, año v, tomo I, febrero de 1893, págs. 123-132.

<sup>43</sup> Condesa de Bassanville, *op. cit.*, pág. 112



soupers de nos grands' mères.»<sup>44</sup>; los petits jours son los días de reunión de los escritores y en ellos se representan comedias, proverbios, charadas, etc.; no se habla de política pero sí de otros muchos asuntos:

Tous les soirs de réception n'étaient point consacrés à la musique. Les arts, les lettres, les sciences, même les futilités du monde, y avaient également leur tour; mais quand je dis *futilités* je ne dis point niaiseries, car l'intimité de la comtesse renfermait autant de femmes distinguées que d'hommes de mérite<sup>45</sup>.

*Sophie Gay* insiste en el talento musical de Santacruz y afirma que «Es imposible no reconocer la influencia que el salón de la señora condesa Merlin ha ejercido sobre la música *social* en París»<sup>46</sup>. De hecho Merlin se educó en la música con Manuel García y junto a la hermana de este, Maria Felicia García, más conocida por el apellido de su esposo, Malibran; Manuel dedicó a la condesa un método de canto, y esta favoreció el éxito de María tanto en sus salones como fuera de ellos<sup>47</sup>.

En cuanto a las tertulias de Gertrudis Gómez de Avellaneda pocos son los testimonios que se conocen; la escritora se refiere en su autobiografía a las reuniones en su domicilio cubano:

Nuestra tertulia, que se formó en mi casa, era brillantísima para el país. En ella se reunía la flor de la juventud del otro sexo y las jóvenes más sobresalientes. Todos los forasteros que llegaban a Puerto Príncipe, solicitaban ser introducidos en nuestra sociedad, y nos llevábamos todas las atenciones en los paseos y bailes<sup>48</sup>.

<sup>44</sup> *Loc. cit.*, pág. 113.

<sup>45</sup> *Loc. cit.*, pág. 143. A algunas de estas reuniones acudió Prosper Mérimée, que da cuenta de ellas en sus cartas a la condesa de Montijo, v. gr.: «J'ai passé la soirée chez Mme. Merlin avec un nombre prodigieux d'Espagnols, et une somnambule aussi bête que si elle eût été éveillée. Le drôle c'est qu'elle comprenait mal le mauvais espagnol que je parlais à Mme. Merlin qui l'interrogeait d'après mes demandes, et il en résultait les quiproquos les plus bouffons. [...] Mme. Merlin a décidément vingt-huit ans. Le comte la disait son aînée, mais elle a terriblement rajeuni. Dans les ténèbres un jeune adolescent pourrait se tromper et la mettre dans l'embarras où se trouve Mme. de C. A...» (carta de 25 marzo de 1843 en *Lettres de Prosper Mérimée à la comtesse de Montijo*, 1, 1839-1853, Édition privée, París, 1930, pág. 59). La condesa mantuvo también relación con Balzac, que le dedicó *Los Marana*, y al que escribió varias cartas, al igual que a Sainte-Beuve y al Dr. Koreff (las cartas a estos dos corresponsales se conservan entre los manuscritos del Institut de France).

<sup>46</sup> S. Gay, *op. cit.*, pág. 124.

<sup>47</sup> C. de Reparaz, *María Malibran 1808-1836. Estudio biográfico*, Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid, 1976, págs. 45, 90 y 235.

<sup>48</sup> G. Gómez de Avellaneda, *La Avellaneda. Autobiografía y cartas* (ed. de L. Cruz de Fuentes), Madrid, Imprenta Helénica, 1914, pág. 48.

Y dice en sus apuntes de viaje que gusta de la sociedad de los balnearios<sup>49</sup>. Por otra parte, algunas noticias de prensa informan sobre reuniones en su domicilio madrileño; v.gr. una del *Heraldo* de 25 de abril de 1846 cuenta que «La ilustre G. G. de A. dio anoche una sesión en su casa para recibir a diversos escritores y artistas. Destacó el poeta improvisador italiano Cataldi»; otra de la *Correspondencia de España* de 6 de mayo de 1870 informa de que «Anoche hubo una reunión de confianza en casa de la ilustre escritora doña G. G. de A. El objeto de esta fiesta era dar un testimonio al gran escritor Alejandro Dumas». Podríamos también tomar en consideración las diversas reuniones que la escritora hizo en su domicilio para leer sus obras dramáticas, de las que hay noticia en sus cartas<sup>50</sup>.

La vida y la obra de estas tres criollas han servido a menudo de estímulo para la imaginación de otros escritores. La condesa de Merlin es presencia recurrente en la narrativa de Reinaldo Arenas, sobre todo en *Viaje a La Habana* (1990), pero también en *La loma del ángel* (1987), *El color del verano* (1991) y *Antes que anochezca* (1992) y en la obra de otros autores hispanoamericanos; también la ha evocado recientemente Jacques Hebert en su novela *La comtesse de Merlin* (2004).

Por otra parte, la figura de Gómez de Avellaneda la han recreado Héctor Santiago en su obra teatral *Vida y pasión de La peregrina: drama: tres actos* (1997), Mary Cruz en una trilogía de novelas de la que hasta el momento sólo han aparecido las dos primeras: *Niña Tula* (1998) y *Tula* (2001), Emil Volek en *Tu amante ultrajada no puede ser tu amiga. Cartas de amor/Novela epistolar* (2004), pastiche construido a partir de diversos textos de la autora, M<sup>a</sup> Elena Cruz Varela en su novela *La hija de Cuba* (2006), y Cira Andrés y Mar Casado en su biografía *Gertrudis Gómez de Avellaneda. Memorias de una mujer libre* (2008).

La duquesa de la Torre, en fin, es recreada de forma diáfana por Alejandro Sawa en su novela *La mujer de todo el mundo* (1885); Pura Fernández<sup>51</sup> sostiene que es también esta dama la que inspira destacados personajes femeninos de *El escándalo* de Alarcón, *Pequeñeces* del P. Coloma, *Carne de nobles* de López Bago o *La araña negra* de Blasco Ibáñez, que considera novelas en clave.

La escritura es, asimismo, si bien en una medida muy distinta, otro lazo de unión entre las tres criollas, ya que sólo Merlin y Avellaneda han pasado a la historia literaria, en tanto que el único libro conocido de la mariscal Serrano, *Choses vraies* (1892), es un conjunto de escritos puramente circunstancial, sin valor literario; el volumen constituye una reivindicación del general Serrano y con él se pretende reclamar una sepultura digna para el mismo<sup>52</sup>.

<sup>49</sup> G. Gómez de Avellaneda, «Mi última excursión por los Pirineos», pág. 30.

<sup>50</sup> R. de la Fuente, «El Baltasar de Gómez de Avellaneda y algunas cartas a Hartzenbusch», *Siglo diecinueve*, 1, 1995, págs. 117-138.

<sup>51</sup> P. Fernández, «La novela de clave en la Restauración o la literatura en pos de la verdad histórica», *Studi Ispanici*, 2005, págs. 103-126.

<sup>52</sup> J. Martínez Gómez y A. Mejías Alonso, *op. cit.*, págs. 27-28.

Avellaneda escribió toda su obra en español, obra que apenas ha sido traducida a otros idiomas y esto sólo muy recientemente. Merlin lo hizo en francés, aunque las traducciones al castellano fueron casi inmediatas, y en algún caso, como en *La Havane*, con importantes diferencias textuales: se recorta sustancialmente el texto original, pasando de los cuatro tomos de la edición francesa al tomo único de la española, de 36 cartas a 10; Méndez Rodenas considera las versiones francesa y española de este relato de viaje como textos distintos:

In contrast to *La Havane*, a historical text that chronicles the state of the Cuban colony in 1840, *Viaje a la Habana* reads as a personal memoir devoted to the lyrical reconstruction of origins; the truncated text of *Viaje a la Habana* emerges as essentially a poetic variant of the French original<sup>53</sup>.

En ello insiste Arráez (2007) en un detallado trabajo<sup>54</sup> en que pone de manifiesto cómo el cambio de forma discursiva entre ambas versiones (de la carta al diario de viaje) contribuye a suavizar la finalidad propagandística del relato, transformándose así el relato de viaje ideológico en un relato de viaje documental en que la autora recupera su adolescencia habanera a través de la memoria afectiva; Arráez considera la versión española tributaria de la diplomacia.

Compartiendo tantas circunstancias comunes, el trato que la posteridad ha dispensado a Merlin y Avellaneda, sin embargo, es bastante distinto: Tula ha pasado a la posteridad como escritora, en tanto que Merlin ha sido reconocida no sólo y principalmente como escritora<sup>55</sup>, sino sobre todo como dilettante de la música<sup>56</sup>.

<sup>53</sup> A. Méndez Rodenas, *Gender and nationalism*, pág. 39.

<sup>54</sup> J. L. Arráez Llobregat, «La traduction en espagnol de *La Havane* de la comtesse de Merlin: une adaptation tributaire de la diplomatie», en AA. VV., *Literatura de viajes y traducción* (ed. de F. Lafarga et alii), Editorial Comares, Granada, 2007, págs. 31-45.

<sup>55</sup> Prosper Mérimée, carta de 26 de abril de 1845, en *op. cit.*, pág. 129. M. F. Bourquelot y M. A. Maury, *La littérature française contemporaine 1827-1849. Continuation de la France littéraire. Dictionnaire Bibliographique*, v, Delaroque Ainé Libraire, París, 1854, págs. 374-375. M. Michaud, *Biographie universelle ancienne et moderne*, xxviii, Chez Madame C. Desplaces, París, 1865, págs. 62-63. C. A. de Sainte-Beuve, «La comtesse Merlin. *Souvenirs d'un créole*», en *Premiers lundis*, Calmann-Lévy, París, 1885, págs. 291-296.

<sup>56</sup> F. J. Fétis, *Biographie universelle des musiciens et bibliographie générale de la musique, supplément et complément par M. Arthur Pougin*, II, Firmin-Didot, París, 1880, pág. 212. S. Ramírez, «La condesa de Merlin», en *La Habana artística. Apuntes históricos*, Imprenta del E. M. de la Capitanía General, La Habana, 1891, págs. 35-55. Parece que también lo fue de la pintura (*Notice de 40 tableaux provenant de la sucesión de Madame la comtesse Merlin... 1852...: exp. publique*, Imp. de Maulde et Renou, París, 1852).

Por otra parte, en tanto que Merlin tardó en ser aceptada como escritora cubana<sup>57</sup>, Gómez de Avellaneda, pese a las reticencias, lo fue tempranamente:

Las dos «criollas pioneras» aparecen en la historia literaria cubana casi como reflejos invertidos una de la otra: a Gómez de Avellaneda se le aceptó dentro de la tradición peninsular e insular a la vez; en cambio, la condesa de Merlin fue, hasta muy recientemente, doblemente excluida, así como doblemente exiliada<sup>58</sup>.

En ello influyó sin duda la lengua de escritura. A la condesa de Merlin la cubanidad le ha sido a menudo negada por razones lingüísticas, como ya señalaba en 1919 González Curquejo:

Muchos cubanos al leer su obra *Un viaje a La Habana*, se enojaron con ella porque criticaba algunas de nuestras costumbres; y otros alegan «que no es escritora cubana porque ¡escribió en francés!...» Precisamente eso debe ser para nosotros un motivo de orgullo bien fundado, si tenemos en cuenta el mérito que entraña escribir en un idioma extranjero, erizado de sutilezas difícilísimas como es el francés, y que la hermosa y meritísima criolla dominaba con el acierto que pudieran hacerlo sus clásicos Racine, La Fontaine y Molière<sup>59</sup>.

Opinión que comparte Méndez Rodenas<sup>60</sup>:

The exclusion of Merlin from Cuban literary history and, by extension, from the broad spectrum of Spanish-American Romanticism attests not only to a characteristic devaluing of female authorship in Latin American criticism, but also to the assumption that Latin American literary history pertains only to works written in Spanish

<sup>57</sup> Adriana Méndez Rodenas aduce como testimonio de la adversa recepción de la obra de Merlin las réplicas suscitadas por la publicación de *La Havane* y conceptúa de misógina la forma en que fue tratada la autora, sobre todo en relación con la carta sobre las mujeres de La Habana (*Cuba en su imagen*, págs. 35 y sigs.).

<sup>58</sup> *Loc. cit.*, págs. 13-14.

<sup>59</sup> Por estas razones González Curquejo la incluye en su *Florilegio de escritoras cubanas*, aduciendo opiniones autorizadas: «Personas competentes nos llamaron la atención de que el regreso de la Condesa a Cuba fue en el año 1840, y que algunos de sus escritos más notables coinciden con esta fecha, y por lo tanto dentro del periodo que habíamos trazado para la obra. Aceptando ese criterio, tenemos verdadero gusto en consagrar las primeras páginas del tercer tomo del *Florilegio* a la distinguida escritora, que, a pesar de los muchos años que estuvo ausente de su país y de haber escrito sus obras en francés, nunca dejó de querer a su patria y de admirar su espléndida naturaleza» (págs. 7-8). La nota biográfica de la también escritora cubana Domitila García insiste en la misma circunstancia: «De derecho le corresponde por su mérito indisputable y siguiendo el severo orden cronológico de nuestra historia patria, el primer puesto en literatura a la ilustre señora Mercedes de Santa Cruz y Montalvo, condesa de Merlin» (pág. 9).

<sup>60</sup> A. Méndez Rodenas, *Gender and nationalism*, pág. 13.

or Portuguese. The choice of French as a literary language with which to speak of New World affairs is part of another hidden tradition that includes multilingual texts in the larger category of Spanish American literature<sup>61</sup>.

En este respecto no está de más recordar que la escritura en diversas lenguas es rasgo definitorio de la historia de la literatura española<sup>62</sup> e hispanoamericana, particularmente en la época contemporánea, como ha precisado Díaz<sup>63</sup>:

Writing in English and French is not a rare practice among Spanish Americans in the nineteenth and twentieth centuries. In fact, some of the authors who eschew Spanish for another tongue occupy important places in those literary traditions wherein because of linguistic reasons they are more easily included.

Por tanto la propuesta de Méndez Rodenas es más que razonable, reconocer una doble identidad en ambas:

Desde otra perspectiva, ambas figuras ilustran las características un tanto enigmáticas de la nacionalidad cubana, pues sostienen en su vida y obra el precario equilibrio de la doble nacionalidad o de la doble identidad<sup>64</sup>.

En la condesa de Merlin se da indudablemente una doble identidad, española y cubana por una parte, española y francesa por otra. En sus *Souvenirs* se considera española<sup>65</sup>, y se refiere a Francia como «ma belle patrie adoptive»<sup>66</sup>. Por otra parte, la autora dedica *La Havane*, libro que dice inspirado por «le sentiment patriotique d'une femme»<sup>67</sup>, al capitán general O'Donnell, al que increpa: «Gouverneur-général de la Havane, soyez Havanaïs, général»<sup>68</sup>; también a sus compatriotas, porque dice «il est consacré a notre mère commune»<sup>69</sup> y se refiere otra vez a Francia como «ma mère adoptive»<sup>70</sup>. La carta XXXIII está dedicada a Martínez de la Rosa, al que conoció en sus salones; en esta carta

<sup>61</sup> *Loc. cit.*, pág. 12.

<sup>62</sup> L. Romero Tobar, «Extraterritorialidad y multilingüismo en la historiografía literaria española», en *La literatura en su historia*, Arco/Libros, Madrid, 2006, págs. 37-51.

<sup>63</sup> R. Ignacio Díaz, *op. cit.*, pág. 21.

<sup>64</sup> A. Méndez Rodenas, *Cuba en su imagen*, págs. 13-14.

<sup>65</sup> Condesa de Merlin, *Souvenirs et Mémoires* (Paris, Charpentier, 1836), Mercure de France, París, 1990, págs. 235, 244, 333, 334 y 416.

<sup>66</sup> *Loc. cit.*, pág. 416.

<sup>67</sup> Condesa de Merlin, *La Havane*, I, Amyot, París, 1844, s. p.

<sup>68</sup> *Loc. cit.*

<sup>69</sup> *Loc. cit.*, pág. 1.

<sup>70</sup> *Loc. cit.*, pág. 2.

trata sobre las relaciones entre Cuba y la metrópoli y pide un mejor trato para la colonia española y algunas reformas, denunciando la opresión, el abuso en la aplicación de los impuestos y el mal gobierno a que se halla sometida: «les Havonais sont des Espagnols aussi instruits qu'eux-mêmes sur leurs propres intérêts, ayant des droits comme eux et payant de plus forts impôts»<sup>71</sup>.

Pese a todo, la españolidad no se le ha reconocido a la condesa de Merlin, ya que su obra no fue escrita en español, y la cubanidad sólo recientemente. En 1949 Fernández de Castro se despachaba sobre Merlin con estas lindezas:

Por estos años radicaba en París, publicando sus obras en francés, pero casi todas referentes a Cuba o inspiradas en temas relacionados con la Isla, la escritora cubana M<sup>ra</sup> de las Mercedes Santa Cruz y Montalvo (1789-1852), quien firmaba sus libros, de escaso o ningún valor literario o ideológico, con su nombre de matrimonio: condesa de Merlin<sup>72</sup>.

Y Raimundo Lazo se retrae de incluirla en su *Historia de la literatura cubana*, si bien la menciona, pero considera que «por su desarraigamiento de Cuba y larga permanencia en Europa no se adapta al esquema generacional cubano»<sup>73</sup>, aunque más adelante apostilla: «Al margen de la literatura cubana puede considerarse a *María de las Mercedes Santa Cruz y Montalvo (1789-1852)*, que sólo pasó su infancia en Cuba y compuso todas sus obras en francés».

En el otro extremo, Suárez-Murias<sup>74</sup> considera la *Historia de Sor Inés* la primera novela de la literatura cubana, y Jiménez<sup>75</sup> hace la misma estimación de *Mis primeros doce años*. Regazzoni<sup>76</sup>, citando a Mirta Yáñez, señala a Merlin como la iniciadora de la narración cubana escrita por mujer, y añade en nota que la condesa se ha convertido en los últimos años en símbolo de la literatura cubana escrita por mujeres.

Por su parte, Díaz<sup>77</sup> cree más oportuno considerarla autora cubana y francesa, por la coexistencia en ella de dos lenguas.

<sup>71</sup> *Loc. cit.*, III, pág. 255.

<sup>72</sup> J. A. Fernández de Castro, *Esquema histórico de las letras en Cuba (1548-1902)*, nota preliminar de R. Lazo, Cultural S. A., La Habana, 1949, pág. 79.

<sup>73</sup> R. Lazo, *Historia de la literatura cubana*, Dirección General de Publicaciones, México, 1974, pág. 60.

<sup>74</sup> M. C. Suárez-Murias, *Essays on hispanic literatura/Ensayos de literatura hispana. A bilingual anthology*, University Press of America, Washington D. C., 1982, págs. 69-70.

<sup>75</sup> L. A. Jiménez, *El arte autobiográfico en Cuba en el siglo XIX*, Ometeca Institute, New Brunswick (Nueva Jersey), 1995, págs. 27-47.

<sup>76</sup> S. Regazzoni, «Las antepasadas», en *Cuba: una literatura sin fronteras/Cuba: A literature beyond boundaries* (ed. de S. Regazzoni), Vervuert-Iberoamericana, Madrid, 2001, 29-43, pág. 30.

<sup>77</sup> R. Ignacio Díaz, *op. cit.*, págs. 100, 106 y 114.

Además, a la Condesa se la han reapropiado escritores contemporáneos que, como en el caso de Reinaldo Arenas<sup>78</sup>, se sienten identificados con ella por su condición de exiliados y marginales, y que con frecuencia la reivindican parodiándola; autores como Severo Sarduy, Cabrera Infante, Lourdes Gil<sup>79</sup> y Alejo Carpentier<sup>80</sup>.

En el caso de Gómez de Avellaneda la discusión se ha centrado en tratar de dilucidar la condición española o cubana de la escritora. Su cubanidad ha sido a menudo cuestionada<sup>81</sup>. Los contemporáneos le dirigieron no pocos reproches acusándola de haber abandonado su patria y de indiferencia hacia ella<sup>82</sup>, de neutralidad<sup>83</sup>; Avellaneda, como desagravio, dedicó a la isla de Cuba sus obras publicadas entre 1869 y 1871, y protestó en varios escritos contra su exclusión de la literatura cubana, v.gr. en carta a Luis Pichardo de 13 de noviembre de 1867:

Me apresuro a darte las gracias por el periódico que me has remitido y te ruego que en mi nombre se las des también al ilustrado M. y a todas las personas amables y benévolas que han tenido la bondad de salir a la palestra periodística en mi defensa contra el fallo de esos señores de La Habana que con el título de Areópago han decidido que yo no pertenezco a la literatura cubana. [...] lo que han querido significar es que no me conceptúan «cubana de corazón», que no me conceden «índole de poeta cubano» [...]

Hará cosa de seis meses que me hallé sorprendida con voces esparcidas aquí (en Sevilla) y en Cádiz por ciertos jóvenes cubanos (que se hallaban en estas tierras andaluzas) de que yo decía que no quería se me considerase como poeta cubano, sino como española peninsular, y que decía pestes de la literatura de mi país & c. &c. [...]

Busqué y rebusqué el error en que podía fundarse lo que decía respecto a mí, hasta que, en efecto, lo comprendí perfectamente. Voy a decir en las menos palabras posibles lo ocurrido.

Un célebre escritor madrileño, encargado por cierta sociedad editorial de preparar materiales para la publicación de una grande obra, cuyo objeto era coleccionar composiciones escogidas de los más notables

<sup>78</sup> J. Olivares, «¿Por qué llora Reinaldo Arenas?», *MLN*, 115, 2, marzo de 2000, 268-298, pág. 294.

<sup>79</sup> M. C. Suárez Murias, *op. cit.*, págs. 227 y sigs.

<sup>80</sup> C. Vásquez, «De la condesa de Merlin al Siglo de las luces de Alejo Carpentier», en AA. VV., *En torno a las Antillas hispánicas: ensayos en homenaje al profesor Paul Estrade*, Université Paris VIII / Vincennes Saint-Denis, Grupo de investigación «Historia de las Antillas hispánicas», Archivo Histórico Insular de Fuerteventura, 2004, págs. 511-521.

<sup>81</sup> C. Alzate, *Desviación y verdad. La re-escritura en Arenas y la Avellaneda*, Society of Spanish and Spanish/American Studies, Colorado, 1999, pág. 157; B. Pastor, «Gertrudis Gómez de Avellaneda: ¿Escritora cubana, española o simplemente una mujer?», *Lenguaje y textos*, 15, 2000, págs. 117-124; A. Méndez Rodenas, *Cuba en su imagen*, pág. 27.

<sup>82</sup> J. A. Escoto, *Gertrudis Gómez de Avellaneda. Cartas inéditas y documentos relativos a su vida en Cuba de 1859 a 1864*, Imprenta de La Pluma de Oro, Matanzas, 1911, págs. 8-15.

<sup>83</sup> J. A. Portuondo, «La dramática neutralidad de Gertrudis Gómez de Avellaneda», en *Capítulos de literatura cubana*, Editorial Letras Cubanas, Ciudad de La Habana, 1981, págs. 207-232.

poetas y publicistas modernos tanto peninsulares como hispano-americanos; vino a verme expresamente para hablarme de dicha obra, consultándome sobre si sería o no conveniente que los escritores hispano-americanos figurasen todos juntos, o si se pondría a los cubanos entre los peninsulares y no entre los demás escritores hispano-americanos. Yo le dije sencillamente mi opinión en tal punto, y fue que me parecía mejor que los americanos todos figurásemos juntos, porque sólo así se daría una idea de la índole especial de la literatura hispanoamericana, que yo hallaba muy semejante, pero no idéntica en condiciones a la peninsular. [...]

\*Él se empeñaba en que Vega y los otros escritores, que quería colocar en la literatura peninsular, no podían mirarse como glorias de la literatura hispano-americana; y yo, por mi parte, defendiendo los derechos de esta, sostuve que si no se le dejaban todos los nombres que la honraban y la enriquecían, más valía suprimirla.

En fin, recuerdo que le dije muy enfadada —lo que es yo, prohíbo que nadie se permita tomar mi nombre para colocarlo a capricho. Si es verdad que se quiere presentar un cuadro fiel de las letras castellanas en América, pongamos todos los escritores de valía que pertenecen a la América que es o fue española; y si no quiere sino rebajar la literatura hispano-americana, quitándole muchas de sus glorias, para dárselas a la Península, que no se deje mi nombre tampoco en tal caso, pues no me agrada<sup>84</sup>.

El erudito José Augusto Escoto afirma que «no es tan fácil, como muchos creen, dar puesto a la Avellaneda en las letras cubanas, teniendo estas carácter nacional»<sup>85</sup> e intenta demostrar su afirmación con testimonios de diversos eruditos, aseverando entre otras cosas: «Tan fuera de la realidad cubana vivió la Avellaneda, que no se dio cuenta del movimiento literario de su país natal; es más, apenas si concedió a dicho movimiento existencia»<sup>86</sup>. Fernández de Castro<sup>87</sup> dice que no recoge el nombre de Avellaneda en su libro sobre las letras en Cuba por no haberse desarrollado en Cuba su obra, como tampoco recoge a Heredia o a Pablo Lafargue, «porque aunque estos autores nacieron en la Isla, sus obras se producen en otros países, y no tienen relación alguna con el ambiente cubano, ni a él se refieren, sino de manera circunstancial y restringida»; pese a todo, se refiere a la estancia de Tula en Cuba en los años 60 porque este hecho «determinó cierto movimiento intelectual a su alrededor»<sup>88</sup>.

---

<sup>84</sup> «Carta de Gertrudis Gómez de Avellaneda a Luis Pichardo» de fecha 13 de noviembre de 1867, en J. A. Escoto, *op. cit.*, págs. 65-67.

<sup>85</sup> *Loc. cit.*, pág. 77.

<sup>86</sup> *Loc. cit.*, pág. 81.

<sup>87</sup> J. A. Fernández de Castro, *op. cit.*, pág. 12.

<sup>88</sup> *Loc. cit.*, pág. 101.



Por otra parte, González del Valle<sup>89</sup> considera a Avellaneda poeta cubana. Chacón y Calvo<sup>90</sup> la incluye dentro de la literatura cubana, cosa que no hace con Merlin. Mitjans trata sobre su obra al referirse a la prosa<sup>91</sup>, la poesía<sup>92</sup>, el drama<sup>93</sup> y la novela<sup>94</sup> cubanas. Bueno<sup>95</sup> se muestra igual de rotundo cuando escribe:

No parece necesario discutir la nacionalidad literaria de Gertrudis Gómez de Avellaneda. Aquí se formó y vivió hasta los veintidós años; cuando era famosa en Madrid y se le halagaba y honraba por sus triunfos declaró varias veces que se sentía cubana y que debía ser incluida como tal entre los poetas de una antología insular. Por algo, pues, adoptó como seudónimo en España el de «La Peregrina».

Martínez Bello<sup>96</sup> es, igualmente, defensor acérrimo de la cubanidad de Avellaneda. Y Portuondo insiste en la misma dirección:

La Avellaneda es plenamente cubana. Para ser cubana no es necesario que todos sus versos estuvieran llenos de caña de azúcar, de ceibas o de sinsontes. No era necesario; bastaría solamente que ella hubiera reiterado una sola vez su amor a Cuba, pero es que, además, ¿no tenemos grandes escritores nuestros que vivieron muchos años fuera? [...] ¿Por qué no vamos a reclamar a la Avellaneda, que es la más grande de los escritores de su tiempo; y es, para orgullo nuestro, la más grande dramaturga, es la más grande novelista, la única novelista que planteó el problema de al esclavitud con valor y decisión, con planteamientos legítimos del derecho de igualdad del hombre negro y el hombre blanco, como no lo había hecho nadie?<sup>97</sup>

Raimundo Lazo dedica unas páginas a Avellaneda<sup>98</sup> en que destaca su poesía lírica y su teatro y señala que su talento era menos propicio al cultivo de la

---

<sup>89</sup> M. González del Valle, *La poesía lírica en Cuba. Apuntes para un libro de biografía y de crítica*, Tasso, Barcelona, 1900, págs. 95-109.

<sup>90</sup> J. M<sup>º</sup> Chacón y Calvo, «Gertrudis Gómez de Avellaneda» (conferencia de 19 de abril de 1914), en *Literatura cubana. Ensayos críticos*, Saturnino Calleja, Madrid, 1922, págs. 187-219.

<sup>91</sup> A. Mitjans, *Historia de la literatura cubana*, Editorial América, Madrid, 1918, págs. 227-243.

<sup>92</sup> *Loc. cit.*, págs. 259-267.

<sup>93</sup> *Loc. cit.*, págs. 303-319.

<sup>94</sup> *Loc. cit.*, págs. 355-367.

<sup>95</sup> S. Bueno, *Historia de la literatura cubana (1954)*, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963, pág. 127.

<sup>96</sup> A. Martínez Bello, *Dos musas cubanas. Gertrudis Gómez de Avellaneda. Luisa Pérez de Zambrana*, P. Fernández y Cía., La Habana, 1954.

<sup>97</sup> J. A. Portuondo, *op. cit.*, págs. 230-231.

<sup>98</sup> R. Lazo, *op. cit.*, págs. 83-91.

narrativa, aunque enumera sus obras en este género. Campuzano<sup>99</sup> asegura que «la literatura femenina cubana toma conciencia de sí con el regreso a Cuba, en 1859, de Gertrudis Gómez de Avellaneda».

Sin embargo, Scatena<sup>100</sup>, tomando en consideración dos relatos de viaje de la autora (las *Memorias inéditas* de 1914 y la serie de artículos publicada en 1860 en el *Diario de la Marina* bajo el título de «Mi última excursión por los Pirineos», considera que el discurso de Avellaneda es ambivalente en la cuestión de las identidades española y cubana, mostrándose cubana en el texto editado en 1914 (original de 1838) y española en el de 1860; afirma también que en sus escritos Cuba aparece como fuente de exaltación patriótica y España como fuente de inspiración literaria, y que ella pretende formar parte del canon de ambas literaturas; coloca las cosas en su sitio cuando dice que el debate sobre la cubanidad o hispanidad de Avellaneda se produce en vísperas del inicio de un gran movimiento a favor de la independencia de Cuba, y da muchos datos sobre la polémica suscitada al respecto en los siglos XIX y XX, tomando en cuenta las nuevas direcciones de la crítica que reivindican el legado de las escritoras latinoamericanas como contribución a los emergentes discursos nacionales.

Pese a las discrepancias, lo cierto es que Avellaneda está incluida en la mayor parte de las antologías de poesía americana, ya desde el siglo XIX, v.gr. *América poética* (1846), *Poetas de Cuba y Puerto Rico* (1877), *Parnaso cubano* (1881)<sup>101</sup>, también figura en recopilaciones de escritoras<sup>102</sup>.

Su condición de escritora española no le ha sido nunca negada, reconociéndola como excelsa representante de la historia de nuestras letras Manuel José de Quintana, Juan Nicasio Gallego, Juan Valera y Menéndez Pelayo, entre otros ilustres críticos<sup>103</sup>.

<sup>99</sup> L. Campuzano, «Para empezar un siglo: antologías de escritoras cubanas», en AA. VV., *Mujeres latinoamericanas del siglo XX. Historia y cultura*, 1 (coord. de L. Campuzano), Ciudad de La Habana/Casa de las Américas, México/Universidad Autónoma Metropolitana/Unidad Iztapalapa, 1998, 9-14, pág. 9.

<sup>100</sup> S. M. Scatena Franco, «Gertrudis Gómez de Avellaneda entre Cuba e Espanha: relatos de viagem e ambivalências em torno da questão da identidade nacional», *Varia historia*, 23, 38, jul/diez. 2007, págs. 1-19.

<sup>101</sup> *América poética. Colección escogida de composiciones en verso escritas por americanos en el presente siglo. Parte lírica*, Imp. del Mercurio, Valparaíso, 1846; *Poetas de Cuba y Puerto Rico: colección escogida de poesías de Avellaneda, Heredia, Mendive, Milanés y Tapia*, Trilla y Serra, Barcelona, 1877; *Parnaso cubano. Colección de poesías selectas de autores cubanos desde Zequeira a nuestros días* (ed. de A. López Prieto), 1, Miguel de Villa, La Habana, 1881.

<sup>102</sup> D. García, *Álbum poético-fotográfico de escritoras cubanas*, por la señorita doña Domitila García, dedicado a la señora doña G. G. de A. (1868), Habana, 1872, pág. 18; *Escritoras cubanas: composiciones escogidas de las más notables autoras de la isla de Cuba*, Imp. y Papelería de «La Universal» de Ruiz y hno., La Habana, 1893; González Curquejo, *op. cit.*, 1, págs. 5-18; J. A. Rodríguez García, *De la Avellaneda. Colección de artículos*, Imprenta «Cuba intelectual», La Habana, 1914, págs. 316-332; L. Campuzano, «Para empezar un siglo: antologías de escritoras cubanas».

<sup>103</sup> Á. Ezama Gil, «El canon de escritoras españolas decimonónicas en las historias de la literatura», en *Sociedad de Literatura Española del Siglo XIX. II Coloquio. La elaboración del*

Indudablemente, ambas fueron cubanas, y como tales, españolas, en un momento en que Cuba aún era colonia española; así lo expresa D. Juan Valera refiriéndose a la Avellaneda:

Americano era Alarcón, y no hay español que no le cuente entre nuestros grandes y gloriosos poetas dramáticos; casi, y tal vez sin casi, al nivel de Lope, de Calderón y de Tirso. Americana era doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, y figura en España como la primera de nuestras poetisas líricas, desde que empezó a escribirse en lengua española hasta el día. Y la poetisa primera, si la Avellaneda no hubiera nacido, es sor Juana Inés de la Cruz, también americana.

No perjudicó ni estorbó su calidad de americanos ni a Gorostiza, ni a Ventura de la Vega, ni a Rafael María Baralt, ni a José Heriberto García de Quevedo, para ser entre nosotros altamente encomiados, aplaudidos y honrados con puestos y cargos importantes [...]

Cuantos personajes se han distinguido en la América española por su saber, por su ingenio o por sus hazañas, desde que la América española se declaró independiente, han sido en España tan celebrados y queridos como en la república misma donde ellos nacieron.<sup>104</sup>

Y en ello insisten Martínez Bello<sup>105</sup>:

Cuba era en aquella época parte de la corona de España [...] se estimaba que Cuba no era una colonia, sino provincia española, es decir, parte misma de la Nación y Patria hispánica.

Y Alzate<sup>106</sup>:

Durante los años de infancia y adolescencia de Avellaneda en Camagüey, España y sus colonias eran una sola. Con esta concepción de «la madre patria» creció la autora [...]

La posición reformista de Avellaneda no implica que esta autora haya sido acrítica con respecto a la política colonial española: no se trata, como la historia oficial y las historias de literatura cubana tradicionales suelen creer, de que si no se es antihispanista se es necesariamente prohispanista, lo cual equivale a ser anticubano.

Ambas filiaciones, española y cubana no son, por tanto, incompatibles; tampoco lo son la española y francesa; es necesario adoptar al respecto un

---

*canon en la literatura española del siglo XIX (Barcelona, 20-22 de octubre de 1999)*, ed. de L. F. Díaz Larios y otros, Universidad de Barcelona, 2002, págs. 149-160.

<sup>104</sup> J. Valera, «Quejas de los rebeldes de Cuba» (1896), *Obras completas*, III, Aguilar, Madrid, 1958, 1016-1027, pág. 1018.

<sup>105</sup> A. Martínez Bello, *op. cit.*, pág. 12.

<sup>106</sup> C. Alzate, *op. cit.*, págs. 158-159.

nuevo enfoque, como hace Omar Ette, quien estima que la literatura cubana en el XIX se define por el movimiento, su no filiación a un espacio único:

Si consideramos el surgimiento de la literatura nacional cubana en el siglo XIX, advertimos en seguida que ella también se debe al movimiento; esto es, no se formó a partir de un único espacio. Los textos fundacionales del poeta José María Heredia no habrían sido posibles sin el espacio de tensión entre la isla y el exilio, entre la Cuba colonial y el México independiente; lo mismo vale para *Cecilia Valdés* o *La loma del Ángel* de Cirilo Villaverde, que se inscribió en el espacio de tensión entre Cuba y los Estados Unidos, como la verdadera novela fundacional de una literatura nacional cubana, así como en su función de puente entre los años 30 y 70 del siglo XIX. También la gran poetisa del romanticismo de lengua española, Gertrudis Gómez de Avellaneda, indispensable en el historia literaria tanto de España como de Cuba, sin duda se situó con sus poemas y textos narrativos en el interior de una red de relaciones geoculturales, que en su caso también estaba estructurada de manera bipolar —aunque sin la condición del exilio, como en Heredia o Villaverde— en la relación entre la patria madre española y su patria cubana<sup>107</sup>.

Todas estas damas de origen cubano, que enraizaron en la sociedades española y francesa del siglo XIX, desempeñaron un notable papel en la historia de las letras (sobre todo Merlin y Avellaneda), pero también tuvieron una función relevante en la historia de los usos sociales (Merlin y la condesa de San Antonio en particular), colaborando de modo brillante en el mantenimiento de esa institución cultural que fueron los salones: la música, la literatura, el teatro, incluso la política, encontraron acomodo en esos centros de reunión claves para la historia literaria y artística de Europa<sup>108</sup>. Establecen una auténtica constelación de relaciones sociales con múltiples ramificaciones, enormemente influyente, dada la privilegiada posición de estas mujeres en el seno de las instituciones políticas, artísticas y literarias de la Europa del siglo XIX<sup>109</sup>.

<sup>107</sup> O. Ette, «Una literatura sin residencia fija. Insularidad, historia y dinámica sociocultural en la Cuba del siglo XX», *Revista de Indias*, 65, n° 235, 2005, 729-754, pág. 734.

<sup>108</sup> Á. Ezama Gil, «Valera y las damas licurgas», en *Juan Valera (1905-2005). Actas del II Congreso Internacional celebrado en Cabra (Córdoba) los días 27, 28, 29, 30 de abril y 1 de mayo de 2005* (coord. de R. Bonilla *et alii*), Delegación de Cultura del Ayto. de Cabra, 2006, págs. 125-150; «Emilia Pardo Bazán revistera de salones: teoría y praxis de la crónica», en *III Simposio «Emilia Pardo Bazán: el periodismo. A Coruña, 3, 4, 5, 6 e 7 de outubro de 2006»* (ed. de J. M. González Herrán *et alii*), Real Academia Galega/Fundación Caixa Galicia, A Coruña, 2007, págs. 233-259.

<sup>109</sup> J. Martínez Gómez y A. Mejías Alonso, *op. cit.*